

Fernando Curiel Defossé. *Tarda necrofilia. Itinerario de la segunda* Revista Azul. México: UNAM, 1996.

“hay dos formas de conocer la realidad: una, mediante la observación y la experiencia personal, otra, mediante la observación y la experiencia histórica”.

José Revueltas

La lectura de *Tarda necrofilia, itinerario de la segunda* Revista Azul, de Fernando Curiel, constituye para mí una experiencia gozosa. La impecable edición, el minucioso estudio y la valiosísima recuperación de la revista de Caballero disparan mi atención hacia otros puntos que tal vez conviertan este texto en notas de apreciación personal y no de argumentación crítica.

1. *Del ama fugitiva de las cosas*

El 17 de abril de 1907, la estatua de La Corregidora que preside el Jardín de Santo Domingo fue mudo testigo de la reunión de unos jóve-

nes que marchaban hacia la Alameda: muchedumbre que vociferaba encarnizados epítetos. En el ánimo de todos los convocados prevalecían dos nombres: el de Manuel Gutiérrez Nájera y el de Manuel Caballero. Cada uno matizado por una emoción distinta: el primero, con los tintes de la admiración; el segundo, con los del repudio.

Curiosamente fue "A la Corregidora" la última poesía que Gutiérrez Nájera escribiera en 1895, "para ser pronunciada por una señorita al colocarse la primera piedra del monumento [...] en el Jardín de Santo Domingo".

Sigo paseando por ese itinerario rescatado por Fernando Curiel. Ese 17 de abril, voces jóvenes proclamaban el respeto al ausente y reclamaban airadas en contra de un impostor ¡Se había profanado la memoria del Duque! ¡Cómo si fuera tan sencillo borrar el recuerdo de quien nunca se ha ido!

"¡Cómo se va la vida, Rosa Palacios!", diría el propio Gutiérrez Nájera: ya habían transcurrido doce años desde aquel aciago 3 de febrero de 1895.

El otro nombre que resonó en el Jardín de Santo Domingo fue el de Manuel Caballero ¿Cómo era posible que después de haber demostrado sincera admiración por El Duque utilizara el título de su *Revista Azul* para combatir a los modernistas?

Los dos personajes tuvieron en común muchas cosas: el nombre, la vida diluida en la redacción de varias publicaciones, el deseo de trascender más allá de las páginas del periódico, la búsqueda de un espacio libre para el cultivo de la palabra.

Breves fueron las empresas editoriales de los dos: la de Gutiérrez Nájera, interrumpida fundamentalmente por la ausencia física del poeta, prevaleció como la primera publicación modernista y constituye un valioso legado; la de Caballero, de fugaz presencia, forzosamente tuvo que desaparecer ante el reclamo popular que la calificó de impostora. Perdida entre los anaqueles de la biblioteca, hoy, gracias a la acuciosidad de Fernando Curiel, surge a la luz como una justa contribución al conocimiento pleno de nuestra historia literaria; tarea que rescata las fuentes para corroborar las apreciaciones críticas sobre el punto de arranque de la cultura moderna, la de este siglo que está por fenecer.

Tal como señala Fernando Curiel, ese abril de 1907 "Manuel Gutiérrez Nájera se torna, doce años después de su muerte: presa, botín y despojo".

2. *Soy un pecador cansado de pecar*

“Yo soy un pecador cansado de pecar”, confiesa Caballero años después de su fracaso. Sus palabras descubren a un hombre derrotado por la vida, revelan el desencanto y la soledad que lo acompañarán hasta el 3 de enero de 1926, fecha en que murió.

¿A que pecados se refiere? ¿A los ardides usados con tal de conseguir la noticia fresca en aras de un sensacionalismo periodístico? ¿A la calumnia irresponsable que costó la vida a Santiago Sierra? ¿Al deseo de lucrar con el patrimonio artístico del poeta del que sólo recibió gentileza?

Para Caballero, el periodista, el fin justifica los medios. Hay que arriesgar todo con tal de llevar a las planas del periódico una noticia que acapare la atención de los lectores deseosos de novedades. La audacia es, en el ámbito periodístico, una virtud, misma que él supo cultivar a lo largo de toda su vida profesional.

No debemos olvidar que en 1882 siendo editor de *El Noticioso*, y quizá debido a lazos de mutua simpatía, logra que El Duque Job le conceda la publicación de *Por donde se sube al cielo*, hasta donde se sabe, la única incursión novelística de Gutiérrez Nájera. Esta empresa muestra a Caballero como un hábil periodista siempre a la caza de primicias. Y si sus binoculares le sirvieron para dar reseña de un duelo, su intuición como hombre de letras le permitió rescatar uno de los trabajos más importantes del modernismo hispanoamericano.

Felipe Gálvez, apasionado estudioso del periodismo en México, refirió pormenorizadamente el incidente entre Ireneo Paz y Santiago Sierra. No le fue fácil a Caballero librarse de ese cargo de conciencia.

En lo que se refiere a mi tercera duda con relación a la culpabilidad de Caballero, creo que es la que influyó grandemente a ese sentimiento de fracaso. El periodista tapató pagó con creces las consecuencias de su irresponsable empresa editorial.

De su cercanía con El Duque Job existen varios testimonios además de la publicación de la novela najeriana en 1882.

El primer encuentro de Caballero con Gutiérrez Nájera tal vez se dio en 1877, año de la fundación del Círculo Gustavo Adolfo Bécquer, asociación literaria de la cual ambos eran miembros. Manuel Gutiérrez Nájera contaba 18 años; Manuel Caballero, 28.

En agosto de 1880, Gutiérrez Nájera comenta: “casi estoy resuelto a asistir a las funciones del viejo Coliseo, como asistía mi *buen amigo* Manuel Caballero, a las primeras representaciones de las óperas: con el libreto bajo el brazo” (la cursiva es mía).

En 1883 los encontramos situados en dos puntos opuestos: Manuel Gutiérrez Nájera colaborando asiduamente en *La Libertad*; Caballero en *El Tiempo*.

Desde las planas de los diarios que les dan acogida, cada uno sigue diferentes caminos en el ámbito periodístico: la elegancia y el sensacionalismo. La noticia cotidiana, cincelada por el poeta, deja de ser materia artística y se convierte en objeto prosaico en la pluma del folclorista. El 3 de diciembre de 1893, en las páginas de *El Universal*, Gutiérrez Nájera señala la inminente desaparición de la crónica a manos del *réporter* y afirma que “tuvo ocasión de tratar íntimamente al primer *réporter* castizo y auténtico que tuvimos: a Manuel Caballero”.

Un año más tarde, en agosto de 1894, el periodista tapatío hace a Gutiérrez Nájera una invitación para que participe en el *Almanaque Mexicano de Artes y Letras*, cuyo editor era el propio Caballero. Gutiérrez Nájera acepta el ofrecimiento y apoyando la empresa editorial en su *Revista Azul* del 19 de agosto “dando en el clarín de plata el toque de llamada” hace extensiva la convocatoria a otros escritores. Las planas del *Almanaque* se engalanan en 1895 con una “Revista artística”, firmada por Gutiérrez Nájera. En el mes de septiembre de 1894 aparece en las páginas de la *Revista Azul* una colaboración de Caballero. En noviembre de ese año, nuevamente el poeta es requerido por el editor para fungir, con Gregorio Aldasoro y Eduardo Zárate, como jurado en el concurso de cuento y poesía convocado por el *Almanaque*, llamado que certifica el reconocimiento y la admiración que Caballero siempre tuvo por Gutiérrez Nájera.

Pese al respeto que El Duque le inspiró, y en un arranque de audacia, Caballero se lanza a una empresa destinada al fracaso: violentando la lógica del tiempo y el espacio, a los 58 años de edad, pretende ceñirse en portavoz de un nuevo momento cultural. Frustrado Icaro cuyas alas de la imaginación fueron mutiladas por el recuerdo imperecedero de Manuel Gutiérrez Nájera, tras su fallido intento editorial, Caballero se hunde velozmente en el desastre y se ve forzado a renunciar a sus pretensiones dinásticas, brilla sin llamas y se oscurece tras la frágil estructura de una empresa inacabada.

Figura desgastada en busca de un terreno seguro, la soledad sin sostén de su vuelo lo conduce irremediamente a vertiginosa caída. ¿Qué fue de Manuel Caballero después de 1907? Su nombre siguió siendo vigente años después. Los ateneístas siempre tuvieron presente la artificialidad de su osadía.

3. *Hacer arte nuevo dentro de los moldes viejos*

Tal como define Fernando Curriel “mientras que la primera *Revista Azul* es portavoz del espíritu colectivo de los intelectuales, la segunda es una empresa individual, una aventura más comercial que literaria” que sólo dejará un amargo recuerdo a su propagador.

Me encuentro con el facsímil. Las páginas de anuncios de la publicación ponen de manifiesto la imperiosa necesidad de subsidios comerciales. Aparece con frecuencia una invitación a los lectores para huir de la contaminación de la capital y adquirir lotes en San Ángel “la colonia campestre más bien ideada”. Inserto que acusa los límites de una ciudad que se ensancha desmesuradamente.

Las inclemencias climatológicas serán puestas al descubierto por el estudio fotográfico de Daguerre, establecimiento “que trabaja en días nublados y con lluvia”.

Nada más atentatorio contra la libertad proclamada por el primer momento *Azul* que el “Prospecto” que apareció en el número inicial de la nueva publicación:

editar material sano y accesible prefiriendo a toda costa lo que de más bello podamos encontrar en la propia y en la extranjera literatura [...]. Mantendremos una sección de modelos clásicos para su estudio e imitación [...]. Observaremos el movimiento bibliográfico nacional o extranjero para recomendar siempre aquellos libros que ayuden a nuestro programa, así como para poner en el *Index* los que juzguemos dañosos para el recto desarrollo y encauzamiento del gusto literario.

A pesar de que Caballero afirmó que su empresa no pretendía ser continuadora de la de Gutiérrez Nájera y Díaz Dufoo, el cintillo de la nueva publicación ostenta “Tomo VI”, dato que desmiente las palabras del editor y prueba su culpabilidad.

En efecto, Caballero no pretendió continuar con los cambios propuestos por Manuel Gutiérrez Nájera. Sin embargo, se valió del respeto que aún se sentía por el poeta y usurpó con mala fe el nombre de su revista, pero para combatir abiertamente al segundo momento modernista. No el modernismo inaugurado por Martí y Gutiérrez Nájera, sino el profesado por los jóvenes *fin du siècle*, los peyorativamente considerados “decadentistas”; no al modernismo de la *Revista Azul*, sino al de la *Revista Moderna*. La empresa de Caballero intentó acabar con el “pecado del siglo”; trató de combatir los “excesos” modernistas, tal como Gutiérrez Nájera —en su momento— combatió la intemperancia romántica.

Las colaboraciones directas de la revista son, en general, una muestra de palabras fatigadas, gastadas, carentes del poder de la revelación. Impera un tono asfixiante similar a los corsés La Sirena que publicita El Centro Mercantil.

En la sección "Opiniones acerca de la reaparición de la *Revista Azul*" (número 1, 7 abril) Bernardo P. Portas confiesa abiertamente su vergüenza por haber sido decadentista; el número 5, del 5 de mayo, recoge la opinión de Francisco González de León, oriundo de Lagos, quien tajantemente señala "*Revista Azul* es una publicación inspirada en la Moral: pugnar por un credo literario, es el deber que la Ética impone a la Estética".

El artículo "Valor estético de las obras de la escuela decadentista", de Atenedoro Monroy, premiado en 1902 en los Juegos Florales de Puebla, es el texto que da cuerpo —y justifica— a la publicación: seis entregas.

La segunda *Revista Azul* fue un programa que resultó inhábil para atraer el espíritu del cambio cultural que los acontecimientos sociales demandaban.

Pudo solazar o excitar los nervios estragados de una minoría, pero no consiguió eludir esa sensación de cosa rancia que invade cualquier baile de disfraz cuando rompe el día. Logró acaparar la atención y los elogios de unos cuantos, pero en el ánimo joven de la mayoría provocó ira, convocó conciencias dispuestas al cambio y a la lucha intelectual.

4. *Que monodien las cigarras*

Sin duda alguna, la recuperación de la segunda *Revista Azul* era una tarea impostergable, documento imprescindible para facilitar la reconstrucción de la agitada vida cultural desde 1894 hasta 1910.

Se ha repetido constantemente que la historia de la literatura mexicana aún está por escribirse. *Tarda necrofilia* constituye una de las páginas fundamentales de esa historia. El estudio, los Apéndices y el facsímil contribuyen gratamente a la comprensión de nuestra cultura.

El texto de Fernando Curiel abre caminos a otros fuertes; descubre la perfecta conjunción entre hombre y obra; contribuye eficazmente a la recuperación de una memoria histórica atrofiada.

El volumen conmemora los noventa años de la importantísima demostración de protesta que desencadenó nuevos derroteros en la cultura nacional.

La literatura —sobre todo los estudios de la teoría de la recepción—, el periodismo y la sociología se verán enriquecidos con este volumen salido de las prensas universitarias.

YOLANDA BACHE CORTÉS
Instituto de Investigaciones Filológicas, UNAM